

(marzo 2017)

LA HERMENÉUTICA PEDAGÓGICA EN EL S.XXI

José Luis Crespo Fajardo
Universidad de Cuenca, Ecuador

Resumen:

Este trabajo examina el libro “Crítica de la razón moderna”, escrito por Juan Manuel Díaz Torres. Hemos extraído los conceptos principales del libro sobre educación, modernidad y posmodernidad, para desarrollar un esbozo sintético de la filosofía del presente, combinado con reflexiones personales.

En una primera parte comentamos aquellos conceptos, ideas y las teorías más importantes del libro: la pedagogía, el conflicto entre modernidad y postmodernidad, el rol de la tecnología, la problemática de razón y sentido, el tema de la diferencia, globalización y totalitarismo, patriotismo y nacionalismo, la promoción de la tradicionalización.

En una segunda parte nos centramos en desarrollar algunas ideas y teorías de interés, valorándolas críticamente. Aquí retomamos la idea de pedagogía, la configuración de la posmodernidad en oposición a la modernidad, la cuestión de la tecnología, la razón y el sentido. Por otra parte, subrayamos la importancia del ejercicio de crítica llevado a cabo a lo largo de todo el libro.

Por último, en una tercera parte nos centramos en comentar algunos proyectos expuestos a lo largo de toda la obra como posibles soluciones para establecer las bases de la escuela posmoderna, y otras iniciativas encaminadas a mejorar la pedagogía en el presente. Al respecto, plasmamos nuestro posicionamiento personal.

Palabras clave: *Hermenéutica, pedagogía, modernidad, posmodernidad, razón, sentido.*

Abstract:

This work examines the book "Critique of modern reason" written by Juan Manuel Díaz Torres. We have extracted the main concepts of the book on education, modernity and postmodernity, to develop a synthetic sketch of the philosophy of the present, combined with personal reflections.

In the first part we discussed those concepts, ideas and theories most important from the book: the pedagogy, the conflict between modernity and postmodernity, the roll of technology, the problematic of reason and sense, the theme of difference, globalization and totalitarianism, patriotism and nationalism, the promotion of the traditionalization.

In a second part we focus in developing some ideas and theories of interest, evaluating them critically. Here we return to the idea of pedagogy, the configuration of postmodernity

in opposition to modernity, the issue of technology, reason and sense. On the other hand, we underline the importance of the exercise of criticism carried out along all the book.

Finally, in the third part we focus in comment some projects exposed along all the work as possible solutions for set the base of postmodern school, and others initiatives aimed to improve the pedagogy in the present. In this regard, we contribute with our personal positioning.

Keywords: *Hermeneutics, education, modernity, post-modernity, reason, sense.*

* * * * *

1. Breve resumen y explicación de los conceptos, ideas y teorías principales

En el libro “Crítica de la razón moderna”, el autor nos presenta un escenario del pensamiento contemporáneo marcado por una serie de conflictos filosóficos sin solventar acaecidos a lo largo del siglo XX. Antes de comenzar a enumerar los conceptos, ideas y teorías importantes del libro, nos parece importantes exponer sus objetivos y su metodología. El autor determina, en efecto, una serie de objetivos para su investigación. Son los siguientes:

- Indagar los fundamentos del totalitarismo contemporáneo
- Constatar la importancia de estudiar las claves de la anulación que ejerce sobre la pedagogía actual
- Posibilitar un andamiaje que supere la falta de ética a través de la reelaboración del concepto de virtud
- Mostrar la necesidad de rescate de la alteridad, como medio de rescate del sí mismo.
- Proponer los elementos mínimos para una reconstrucción de la pedagogía, centrada en la persona, a través del reencuentro con ciertos conceptos de la tradición filosófica

También es un objetivo añadido el indagar en el sentido de las pedagogías posmodernas.

Respecto a la metodología de su trabajo, se basa en estudiar características culturales de la posmodernidad: el pensamiento débil, el esteticismo, la hiperfragmentariedad, el pensamiento único, el nihilismo... Primeramente, procede con una fase de descripción de conceptos, y luego pasa al análisis filosófico, metapolítico, ético y pedagógico, para poder encontrar un discurso revelador. Al final procede a la propuesta de reconstitución pedagógica.

Entrando ya en la descripción de conceptos principales, uno de los más destacados es la pedagogía. Dentro de este tema se exploran, varias ideas y teorías. Por ejemplo, la idea de que la pedagogía se puede hacer desde la literatura. Con ello quiere expresar el autor, de acuerdo a la concepción de Magris, una pedagogía que se dirija al lado emocional de los discentes, del mismo modo que lo hace la literatura, que da importancia a aquellas voces y memorias que no valora la Historia, ocupada sólo de datos y grandes hechos.

Es también muy interesante su referencia al “Pedagogía de la concreción”. Este concepto, ideado por el autor, consiste en una pedagogía de la recuperación de la persona concreta, formándola para la vida cívica desde una puesta en práctica centrada en el fomento de valores solidarios, comprensivos y de respeto, y huyendo del imperante minimalismo ético.

Un aspecto de particular interés es el conflicto entre modernidad y postmodernidad. El autor aduce que la Modernidad está finalizada, que sólo queda la posmodernidad como su resultado. Sin embargo, en determinados campos la modernidad aún persiste, o si no regresa como un bucle, en tanto la posmodernidad trata de sustituirla mediante estrategias que pasar por la destrucción de los sueños e ideales, y el fin de las esperanzas de una razón.

La contemporaneidad muestra una clara división entre estas dos tendencias ideológicas, entre aquellos que se adhieren a los valores de la Ilustración (el gran hito de la modernidad), y quienes los rechazan. En efecto, hoy día siguen imperando ideas propias de la era Ilustrada, como la búsqueda de la felicidad para la humanidad a través del comercio, la cultura y las humanidades. La modernidad resiste también en la democracia, que es profundamente racionalista y universalista, y la tendencia natural de la postmodernidad es horadarla.

No son muchos los filósofos de la educación que se enfrentan al tema de la postmodernidad. Debemos llamar la atención, por tanto, al ejercicio de la crítica, concepto sobre el que se edifica la obra.

Particularmente interesante es la cuestión de la tecnología. Éste es un tema de importancia cardinal, en tanto la obra se ocupa de la pedagogía con el fin concreto de revelar que la educación actual está siendo recanalizada por la hegemonía de la tecnología y la necesidad constante de innovación.

Por una parte, podemos mencionar el desarrollo de la tecnología hacia el campo de la biología hace que naturaleza y artificio vayan desvaneciendo sus diferencias. El convertir en vida a la máquina es algo que está latente en el espíritu creador de la modernidad, en el corazón del desarrollo de la técnica. Por otro lado, los medios de comunicación de masas y las redes telemáticas han promovido el proceso de globalización de tal manera que, según **Melich**, ya puede hablarse de un Totalitarismo de la Información. Este totalitarismo es profundamente racional, fundado en la lógica de la burocracia y en la instrumentalización de la información.

Otro tema de gran relevancia es el de la razón y el sentido. Todo comenzó, de alguna manera, con el acto de aniquilación de la trascendencia, el anuncio de la muerte de Dios que señaló Nietzsche en La Gaya Ciencia. El rechazo de la posibilidad de toda tutela por

parte de lo trascendente ha servido para negar el orden sobrenatural, y, por consiguiente, ha provocado el desorden y la pérdida de sentido. A esto hay que sumar que la propia razón, con el advenimiento de la postmodernidad, va perdiendo su poder revelador. La razón era la consigna de la modernidad, y pretendía servir de idea motora universal, capaz de formalizar el proceso de emancipación del sujeto. Sin embargo, tras las grandes guerras del S. XX, entró en un proceso de franco deterioro. La razón se queda sin argumentos consistentes y claudica. Con su final, muere también su idea descendiente: el progreso de la Humanidad.

En el discurso posmoderno encontramos la tesis de que los sentidos ceden ante el empuje de la realidad, que se transforma en una multiplicidad de elementos diversos. Ya no existen verdades universales, sino un cúmulo de fragmentos sin esencia. La postmodernidad niega un sentido esencial y absoluto para la vida, pero aún hay voces que se preocupan por su mantenimiento y esgrimen argumentos defensores, sobre todo desde la pedagogía. La cuestión ha adquirido tanta relevancia que hoy por hoy la búsqueda de un sentido para la vida es trascendental, porque se considera que no tener un sentido vital es sólo vivir... y eso no es suficiente.

La idea de progreso es otro tema que se toca con asiduidad. Es un concepto netamente occidental que desde el siglo XVI ha ido desarrollándose en Europa al aliento del capitalismo, sostenido por las ideas de historia y humanidad. Los ilustrados Turgot y Condorcet revalorizaron la idea en base a la visión de una humanidad en progresión lineal, originando mejoras para todos. La idea se convirtió en la consigna de la Ilustración y configuró al sujeto moderno, que en sí es una combinación de agresividad, optimismo y fe en el progreso. Este personaje cree que tiene en sus manos el poder de cambiar el mundo, simplemente enfrentando los obstáculos sin perder de vista sus objetivos. Sin embargo, Herder, Schopenhauer y Nietzsche ya comenzaron a dudar del verdadero valor de la idea de progreso en el siglo XIX, y hoy en día es ya un concepto decadente.

Finkielkraut nos habla de un siglo XX donde pugnan dos componentes esenciales de la idea de humanidad: la dignidad y la historia. La dignidad fue derrotada y por eso ahora ya no se le da importancia al sujeto, sino al progreso, el cual establece que la vida de cada persona no vale tanto como la humanidad. Esto se evidencia tras la primera guerra mundial, donde triunfó lo irracional. Lo irracional cobró hálito y en la segunda Guerra Mundial los nazis se apoyaron en el pensamiento de Heidegger para fundamentar ideas fascistas, ya que éste establecía una defensa irracional del individualismo ante cualquier situación. Desde entonces que ha ido deteriorando cada vez más la idea de razón y la idea de progreso de la humanidad.

Me parece importante mencionar la cuestión de la diferencia. La diferencia es comparatista, es lo contrario de lo absoluto. Algunas veces una diferencia se erige en absoluto, y surge una absolutización. La cultura de masas trata de ser democrática, pero pugna internamente entre sus desigualdades, entre la diversidad que la compone. La democracia presume de su libertad para el diálogo intercultural, multicultural, multi-identitario, pero su propuesta de diálogo en realidad busca aniquilar todas las culturas que no sean la de masas. Por tanto, la cultura de masas es absolutista y la democracia que la defiende también lo es. Por otra parte, el sujeto, en la actualidad occidental, proclama su autonomía y libertad mientras se

encuentra inserto, sin apenas percibirlo, en un entramado cultural concreto, la sociedad de consumo, que ansía ser universal.

Considero que es también un tema de gran importancia la globalización, las ideologías mundializadoras y el pensamiento único. Estas cuestiones se pueden articular con conceptos como occidentalización, totalitarismo y creo que también con la idea de absolutismo, ya que estas manifestaciones tienen en común la ambición por expandirse y copar todos los estratos. Existe una tendencia del ser humano en esta dirección porque aspira a ser dios, y en el fondo ese deseo augura un destino trágico. El hombre occidental anhela crear en tan alto grado que intenta crear desde la nada, tal y como hace el dios del Génesis. Sin embargo, como es un acto imposible sólo logra degradarse.

Actualmente nos hallamos en una estructura cultural global que ha irrumpido en la historia diseminando el estado de conciencia de occidente. Existe en la globalización, de la misma forma que en el absolutismo, todo un andamiaje intrínsecamente unido a los deseos del ser humano de abarcar al mundo.

La globalización o mundialización nos homogeniza, disuelve cosmovisiones y la convierte en relatos fragmentados de la realidad. Su interés es eminentemente económico y para tal fin despliega todo tipo de estrategias de mercado y una eficaz racionalidad instrumental. A la vez, la globalización intenta crear nuevos contextos económicos y tecno-políticos que no sean neutrales, sino que la favorezcan.

La globalización se presenta como un medio para favorecer el entendimiento político, la unión de colectivos e individuos diferentes en el marco de un proceso de comunión universal. Muchos la interpretan como un mero intento de suprimir las barreras, y, sin embargo, existen en su seno pretensiones absolutas, un cosmopolitismo perverso consistente en favorecer posiciones de dominación y estructurar nuevos poderes. Dicho cosmopolitismo no ha logrado todavía destruir las culturas, las identidades y los sentimientos de pertenencia, si bien su objetivo es la homogeneización de las mismas, o tal vez fragmentar todo en pequeñas y peculiares diferenciaciones.

En definitiva, la globalización no propicia ninguna liberalización. Impone un modelo de organización del que surge un fondo ideológico que podría denominarse occidentalismo. Reconfigura y reformula los términos de lo global y de lo particular. Rompe los límites de las fronteras para crear un espacio común, un “topos” deslocalizado y desterritorializado, un no-sitio desde el que restar legitimidad a las autoridades de las diferentes naciones.

El tema del totalitarismo merece una consideración particular. A lo largo de la historia las sociedades han estado determinadas por organizaciones jerárquicas, por lo que las desigualdades económicas y educativas han sido tácitamente aceptadas. En la actualidad la situación, lejos de cambiar, se ha agudizado. Incluso experiencias sociopolíticas como el comunismo que abogaban por la igualdad, han fracasado al punto de convertirse en regímenes autoritarios.

Los estados autoritarios se sienten más cómodos con un poder centralizado en la administración, pues de ese modo se favorece una sociedad uniforme, más manipulable. La

centralización fue un logro de la Revolución Francesa, porque terminó con el orden gestor piramidal, favoreciendo la aparición de una burocracia centralizada que posee un control total del aparato estatal, desde los recursos materiales hasta las conciencias.

De este esquema surge el totalitarismo moderno, en el seno de la modernidad democrática, a través del cual se ejerce control sobre el rendimiento de los ciudadanos, las posesiones económicas y se aviva una homogeneización del pensamiento, fundado en los valores y ética de una pequeña burguesía planetaria.

En este contexto, promovida por las nuevas élites políticas, surge ahora una tendencia irresistible hacia el igualitarismo, el cual no refleja el viejo ideal de igualdad, sino que se define como un principio de igualdad de oportunidades, teniendo como consecuencia la legitimación de las grandes desigualdades en cuestión de resultados y condiciones de vida.

Otro tema de interés es la tendencia a la tradicionalización que ha acaecido en la sociedad, una reacción opuesta a la globalización y a la occidentalización, y que sirve para reconfigurar identidades grupales ante el vacío de la posmodernidad. En la propia Europa se presencia un deseo de retorno a la tradición, un deseo de renacimiento político y cultural a medida que el proyecto de unificación fragua y se homogenizan los países europeos en todos los sentidos. En efecto, sus diferencias se han minimizado en las últimas décadas, y por eso surge un movimiento que mira a la tradición y al pasado nacional, como medio para salvaguardar las distancias, como última reserva de identidad.

Este tema aparece en el debate cultural contemporáneo, subrayando la carga identitaria que conlleva el regreso a la tradición. La identidad de un grupo social es concebida sólo a través de la tradición, y por eso la identidad se ve como un producto de la tradición. Así, se rescatan y se mitologizan lugares y patrimonios de la antigüedad de cada pueblo, y se retoman prácticas y filosofías que nos aproximan al pasado y nos revelan quiénes somos en el presente.

La iconología social percibe a la tradición como raíces, y esa imagen nos hace sentir que la identidad es una realidad vital que brota de la naturaleza. Las raíces proceden de la tierra, y subrepticamente se nos indica una filiación a la tierra misma, una superioridad territorializada.

Ante la verticalidad de este icono, Bettini ha sugerido un cambio de metáfora que se ajusta más a los términos horizontales en que se desarrolla la posmodernidad. Propone el emblema de una corriente de agua, que es una imagen que nos transmite pertenencia, libertad, desubicación, devenir y un ensanchamiento enriquecedor. En el mundo actual no deberíamos concebir la identidad como una necesidad, sino como una oportunidad. La lucha cerrada por la preservación de la identidad debería poder conjugarse con el enriquecimiento que surge de la apertura hacia lo diverso.

Esto nos llevan al tema del patriotismo y el nacionalismo, que también son conceptos imprescindibles de nuestro presente. A veces ambos pueden ser confundidos, pero se trata de ideas diferentes en origen y en tradición, que además se dirigen a objetivos distintos. El patriotismo ha tenido una vigencia secular porque ha servido para fortificar el compromiso

de un pueblo por los sistemas políticos que protegían su libertad. En cambio, el nacionalismo se fragua en el siglo XVIII para robustecer la uniformidad cultural, idiomática y étnica de una nación. Los ideales nacionalistas no ostentan la enérgica mezcla de pasión, angustia y emoción por la patria que identifica a las proposiciones patrióticas.

Para concluir esta sección, me gustaría comentar que hay algunos temas que se entrecruzan en el discurso del autor. Por ejemplo, el concepto de cultura como construcción, o la idea de lenguaje como medio a través del cual se nos revelan las modalidades del ser. También es importante el concepto de alteridad. El autor considera que ha de instaurarse como estrategia para atajar la crisis de la sociabilidad contemporánea, generando una relación amorosa, una relación más auténtica con el tú, y rescatando los valores de las personas, en lugar de seguir ampliando el ámbito de la competitividad.

2. Valoración crítica de las ideas y teorías principales

Como ideas y teorías principales podemos determinar aquellas que se tratan más intensamente: la pedagogía, la configuración de la posmodernidad en oposición a la modernidad, la razón y sobre todo el sentido.

Me parece muy importante su discurso sobre la Pedagogía Crítica. Esta tendencia, propugnada por Henry Giroux, quiere ser una pedagogía democrática y transformativa. Intenta que la libertad individual, lo particularista y la política de lo cotidiano se integren en un todo unitario, formando una propuesta que propicie conductas sociales democráticas, solidarias y participativas en la vida pública.

La pedagogía crítica invita a concordar lo mejor de la modernidad y la posmodernidad. De la modernidad se toma la creencia de la capacidad crítica de la razón en cuanto a la administración de la vida pública, y de la postmodernidad se absorbe lo concerniente al aprendizaje auto-experiencial del sujeto, carente de metafísica y colmado de divergencias interiores.

La pedagogía crítica aborda el modo en que es generado el conocimiento, mediado, refutado y representado en el marco de las relaciones de poder, sobre todo en el ámbito de la escolarización. Cuestiona, por esta causa, los curriculums establecidos y los métodos subrepticios de dominación. Intenta contar con un lenguaje con el cual pueda escapar del discurso maestro que desobjetiviza curricularmente y elimina lo contingente, lo histórico y lo cotidiano.

La pedagogía crítica nos revela que por medio de la educación normalizadora no puede surgir el sentimiento de justicia, porque ésta, aunque aparenta estar al servicio de la paz y carecer de responsabilidades, en realidad está inserta en un entramado tecno-científico que esconde intereses empresariales multinacionales. Por tanto, la educación normalizadora no tiene autoridad para favorecer una toma de conciencia clara de la realidad del mundo, ya que se halla dominada ella misma por una forma de violencia capitalista.

Me parece también de sumo interés la idea los nuevos modelos pedagógicos surgidos a propósito de la globalización (por ejemplo, los usos de las Nuevas tecnologías) rompen la

concepción de educación como proceso de humanización. En efecto, la transición de la modernidad a la postmodernidad ha hecho que se redefinan ciertos conceptos en torno al saber (sobre todo su utilidad y estructura) y una cuestión importante actualmente es resolver si la postmodernidad desmoronará el proyecto educativo de la modernidad.

La modernidad apostaba por la formación racional del sujeto para un mundo edificado racionalmente. Sin embargo, ahora la educación se torna apremiante, coercitiva y fundamentalmente dirigida a la inserción profesional. La sociedad demanda estas acciones para incrustar al individuo en el sistema. Los objetivos educativos responden a la demanda que hay de ellos en la sociedad, y el docente, lejos del papel pedagógico que quizá tuvo algún día, ahora es adiestrado para ser un mediador de contenidos, un guía, no un transmisor de la información tamizada por su propia experiencia,

Al tiempo, el educando ya no es valorado como una subjetividad unificada, duradera y estable, sino como un proyecto de autoconstrucción. El argumento de la modernidad es que esto le concedería, idealmente, la emancipación al educando. No obstante, si la educación tuviera como objetivo enseñar a pensar, no tendría que insistirse tanto en la sumisión, la disciplina y el control. En efecto, actualmente surgen dudas sobre esta concepción de la escuela, en la medida que la educación ha dejado de ser paulatinamente considerada propiciatoria del progreso, y se ha ido perdiendo confianza en ella. Este es el discurso de la postmodernidad, que suele ser el inverso del de la modernidad. Sin embargo, la escuela, en líneas generales, sigue teniendo en esencia un planteamiento moderno, y es difícil que se cambien los patrones de su funcionamiento, fundados en la enseñanza de saberes concretos, la incitación al individualismo competitivo, y mucha burocracia.

En realidad, la escuela y la educación actual son un último bastión defensivo de la modernidad frente a la postmodernidad, y con su salvaguardia de la universalidad de la razón, su transformación resulta difícil.

Otro tema en el que merece la pena profundizar es el conflicto filosófico entre modernidad y posmodernidad. Estos conceptos todavía no poseen una definición completa. Sin embargo, podemos decir que la modernidad nace con Descartes (prefigurada en Occam) y llega en el tiempo a Habermas. La posmodernidad surgiría entonces, y es el espacio en que nos encontramos.

En la modernidad, podemos entrever que la razón es concebida como fuente del progreso epistemológico y social, y se muestra en contra de pretensiones relativistas. En cambio, en la posmodernidad se advierten características especularmente contrarias.

En general, los postmodernos rechazan diametralmente los conceptos ilustrados: la razón, la objetividad, el sujeto, la Historia, la unidad del género humano al que llamamos Humanidad, y el progreso. Rechaza a la Ilustración porque considera que la racionalidad que la fundamenta es perniciosa, aniquiladora, unificadora y totalizante hasta el punto de buscar siempre su propia legitimación.

Al rechazar a la razón totalizante y cualquier racionalidad occidentalista, la posmodernidad busca una reconfiguración descentrada y no violenta (no totalizadora) de lo misceláneo, lo

diverso, lo local, lo contingente, lo inestable y lo fragmentado. Por tanto, entre sus características está exaltar la diferencia, la multiplicidad, la heterogeneidad, la subjetividad, la alteridad, la indeterminación, y, en líneas generales, da gran importancia al valor que tiene cada instante en sí mismo, sin que tenga una función o utilidad, sin que ese instante sirva para nada.

A la posmodernidad le parece que puede haber coherencia en cada planteamiento de sentido, en cada punto de vista. Puede haber coherencia en lo ecléctico, en lo impreciso, en el desacuerdo. Puede ser más significativo un detalle de la historia que la Historia con mayúsculas... Puede ser más valioso un instante de experiencia percibido subjetivamente que la realidad matemática de toda una vida.

A la posmodernidad le interesa lo discontinuo, lo inestable, lo alternativo. Es nihilista y considera que el sujeto y la sociedad están microfragmentados. En este mundo hipercomunicado, lo cierto es que hay que admitir la presencia de una amplia variedad de racionalidades. La postmodernidad llega al punto de impugnar al narrador omnisciente en cualquier relato para posibilitar la proliferación de más voces narrativas. También rechaza la razón que viene de la vigencia de las tecnologías porque esconden la racionalidad científica y pretenden el control del conocimiento.

Para el autor, es otra característica de la posmodernidad el hecho de que ahora seamos tan pasivos (sobre todo en la cuestión política), en comparación con la concepción moderna que ponía en tela de juicio a la propia pasividad. La postmodernidad, en sí misma, posee una irreparable pasividad, de la cual es consciente tanto como lo es de la finitud humana.

De acuerdo al pensamiento de Patxi Lancero, la postmodernidad se manifiesta tan claramente como un proceso de destruir y generar vacío, que quizá no se pueda valorar como un sistema ideológico y cultural sustitutivo. La postmodernidad se puede apreciar como un momento culminante de estados anteriores, pero quizá, como proyecto, en realidad no existe. Es más bien un conjunto de estrategias, carece de propósito positivo, no plantea alternativas a la modernidad y ni siquiera tiene una clara intención de instalarse en el presente.

Otra cuestión que habría que desarrollar es el valor del ejercicio de crítica que se despliega a lo largo de todo el libro. En efecto, el autor es manifiestamente crítico con el sistema filosófico actual, con aspectos determinados de lo moderno, pero también de lo postmoderno. Critica, por ejemplo, que se busquen sistemáticamente planteamientos opuestos a los que se han venido dando. Se está convirtiendo en una conducta demasiado habitual el argumentar en la dirección contraria a lo que venía siendo la norma. Esto implica que con argumentos se puede ir en cualquier dirección, y se supone que, al menos en pedagogía, uno argumenta porque parte de la intención de producir de mejoras a determinados problemas concretos. En filosofía esta intención no es tan clara, es más abstracta.

En otra parte critica el hecho de que se traten de resolver los problemas siempre en clave positiva, como corrección, continuamente buscando soluciones prácticas. El autor aduce que también es factible hacer crítica para revelar un problema y hacerlo consciente y

manifiesto al lector. La visión solucionadora quizá sea una característica de la razón moderna

Más adelante advierte que en los análisis filosóficos actuales se ha demostrado que existe un binarismo de proposiciones morales obligatoriamente excluyentes. Es decir, en el seno de cada planteamiento late su opuesto, siempre en dirección completamente diferente. Esto es algo que sucedido a lo largo de toda la historia del pensamiento occidental. Esto se observa en binarismos como ser-no ser, realidad-apariencia, ciencia-pseudociencia, verdad-falsedad, teoría-experiencia, etc. Esta estructura de oposiciones binarias se sostiene por un armazón ontológico jerarquizante, ostensible en distinciones como alma-cuerpo, cultura-naturaleza, racional-irracional, moderno/posmoderno.

El autor realiza también observaciones sobre la creencia entre filósofos de que todo es relativo, lo cual nadie puede contradecir. La ideología provoca actuaciones y pensamientos proclives a la destrucción tanto de la percepción de lo real como de la evidencia y de la información. Critica entonces a los filósofos posmodernistas, porque no hacen lo que predicán, ya que son muy superficiales y materialistas. También critica que a veces los filósofos, al hablar del pasado, realizan comparaciones con diferentes momentos históricos anacrónicos, algunos inconexos, y en eso se pierde la coherencia.

Es también crítico con quienes se apoyan en el principio de autoridad en busca de argumentos para que encajen con lo que dice un filósofo importante, o bien por el principio de subjetividad, porque hacen una reflexión que resulta sencilla, tranquilizadora o conveniente, pero sin aportar pruebas. Y muchos que les escuchan no dan importancia a que no haya pruebas, porque al menos se tranquilizan. Por otro lado, en el capítulo 10 critica a quienes intentan hacer pasar los desaciertos metafísicos por fallos de la propia metafísica.

La cuestión de la tecnología merece unas consideraciones especiales. Los medios de comunicación de masas promueven en la actualidad una multiplicación del principio de realidad, reproduciendo tantas visiones y representaciones que ya no es posible tener una sola visión certera y objetiva. Ya no existen verdades universales porque la vieja realidad se ha fragmentado. Sin embargo, a pesar de todo, la realidad no se cuestiona y pervive su poder. De hecho, Larrosa aduce que, a pesar de la aparente disolución de la realidad, ésta sigue funcionando tan bien, que se podría decir que vivimos en un tiempo realista en exceso.

¿Qué consecuencias tiene esta situación para las personas? Lo cierto es que el progreso tecno-científico ha promovido en el sujeto actual un sentimiento de vacío existencial y desamparo. La civilización occidental tecnocrática se ha obcecado en el crecimiento y el desarrollo material, en los fundamentos mercantiles y económicos, sin atender a los problemas humanos. Ni siquiera la escuela, basada en factores cuantitativos, escapa a este influjo. De ahí que el sujeto ansíe la soledad como medio de escape, pero el engranaje de la tecnificación promueve precisamente la inclusión y el ajuste del individualismo, con lo cual el sujeto continúa, incluso en soledad, realizando actividades productivas.

Estas alteraciones son el resultado de nuestra sociedad, que ha colocado al progreso tecnológico en lo más alto del panteón de los nuevos dioses.

Otra cuestión sobre la que nos gustaría discurrir, es la idea de sentido. La modernidad instauró la idea de que el sentido de la vida es la felicidad, que el camino para lograrlo es siempre difícil e indirecto. Innerarity dice que hay que ser suspicaz ante este pretendido sin sentido de la vida. En efecto, puede haber varios, y añade “Cínicos y catastrofistas conjugan la palabra sentido en singular”. Nadie parece conformarse con un mundo imperfecto donde no se pueda satisfacer esa ansia de hallar una verdad categórica, un sentido único y certero para la existencia. Pero tal vez existan muchos. El sentido se va construyendo a medida que se vive. Nuestra vida tiene sentido en la medida que tiene muchos sentidos. O bien, quizá no haya, en efecto, ninguno. En relación a esto, el autor comenta que hoy también se puede decir que la vida vale la pena cuando no tiene sentido.

El héroe de la posmodernidad es, por lo expuesto, un sujeto sin sentido y sin prácticamente razón de ser. Su esencia es estar profundamente equivocado. ¿Pero de verdad se puede vivir de forma activa, enfocado en determinados fines, y afirmar que nada, ni la propia vida, tiene sentido?

Ante esta pregunta, el autor aduce que hay que distinguir entre el concepto de sentido relativo al entendimiento y el concepto enfático de sentido. El primero hace alusión a aquello que es comprensible y entendible. El segundo hace referencia a lo que es estimable, a lo que resulta valioso, lo que vale la pena, lo que satisface, lo que es importante, lo que hace feliz. Considerando esta diferenciación, parece que lo coherente con que todo carece de sentido sería la desolación. Sin embargo, la existencia prosigue soportando estas contradicciones. Me parecen muy reveladoras al respecto las frases opuestas que el autor trae a colación: “Quien pregunta por el sentido de la vida está enfermo” (Freud), “Quien no pregunta por el sentido de la vida se vuelve enfermo” (Frankl).

No siempre somos lo que hemos deseado ser, pero no se puede afirmar de forma generalizada que el plan de tu vida y el resultado vital se separen por un abismo.

Se comenta en el libro que el sentido, como sinónimo de felicidad, es alcanzable para los seres humanos, sólo en parte, a través de la profesión, la familia, la soledad, el arte, la ciencia, la economía, el Estado, los deberes, las inclinaciones, la compasión, etc. Toda una serie de metas concretas ya establecidas, por lo que tácitamente se expresa que tratar de buscarlo de otro modo no sería fructífero. Marquard ofrece otra vía, cuando indica que nadie alcanza el sentido salvo a través de meditaciones.

El problema del sentido es de primera índole. El mundo actual se percibe opresivo por estar falto de sentido. Por otro lado, otra tesis aduce que el problema es la excesiva pretensión de sentido, lo cual es asimismo considerado perjudicial.

3. Explicación y justificación de una propuesta o posicionamiento personal

El libro “Crítica de la razón moderna”, me ha parecido una lectura muy enriquecedora y de inestimable valor. He podido dilucidar en sus páginas situaciones filosóficas controvertidas presentes que, como pedagogos, debemos tener en constante consideración. Creo que resulta ineludible que, huyendo de la pasividad postmoderna e incluso sabiendo de la

dificultad de tomar acciones, los estudiosos y los estudiantes realicen un análisis del presente, ejerciten su capacidad anticipatoria y traten de hallar soluciones a las problemáticas de la herencia moderna de la pedagogía.

El siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI nos ha dejado un panorama ético global subdesarrollado y en franco deterioro. Parece, en efecto, que asistamos al desarrollo de un proceso social degenerativo en términos morales. Nos ubicamos en medio del conflicto entre modernidad y posmodernidad, donde el proyecto de la modernidad está prolijamente cuestionado, pero subsiste y trata de regenerarse en diferentes campos de la vida cotidiana. Ser conscientes de las condiciones de posibilidad de ambas epistemes es un primer paso para acometer la tarea emergente de reconstruir la conciencia del sujeto contemporáneo.

En esta sección, determinada para las acciones a tomar de cara a la educación en el marco de la posmodernidad, creo que es importante recuperar las prescripciones del libro “Crítica de la razón moderna”, cifradas en una serie de pasos para la restauración del sujeto y la sociedad. En efecto, el autor plantea unos ejes para la restauración de la persona, de la sociedad civil y de la sociedad política.

1. Rescatar la alteridad
2. Recuperar la unidad orgánica de la vida (intelectual, moral y emocional)
3. Retomar la idea del bien común frente al individualismo
4. Desacreditar a los sistemas sociopolíticos dominantes, por no favorecer los valores de la vida ni la socialización.
5. Reconstruir una praxis pedagógica que favorezca la enseñanza de valores
6. Anular el pensamiento único
7. Resaltar la incoherencia del relativismo ético privado y la intervención del estado liberal totalitario
8. Denunciar la falsa neutralidad de los estados de derecho
9. Revitalizar la participación cívica y las comunidades orgánicas
10. Todo debe hacerse desde la disidencia combativa y constructiva

Hoy en día los ojos del mundo se dirigen a la educación para buscar soluciones a todos los problemas. La fe en que el proceso educativo puede completar al ser, ha dado paso a la sensación de que la educación no puede en realidad hacer nada. De aquí dimana una tensión pedagógica que hace que este libro, escrito por un filósofo de la educación, sea muy importante y necesario.

En la actualidad es fundamental hacer el ejercicio de repensar la educación, redescubrir sus valores, categorizar sus fines, medios y reestructurar su normatividad. Debemos ajustar la educación a los tiempos que vivimos, insertos en una dinámica sociocultural radicalmente diferente de aquél entorno de modernidad en que surgió la escuela.

Recordemos que, tras el fracaso de los valores premodernos, emergió como dogma el individualismo, el cual encajó muy bien en el sistema impersonal de la burocracia moderna. La idea de progreso y las posibilidades de la tecno-ciencia se exaltaron, así como la

creencia ciega en la razón universalista, con vocación enciclopédica y carente de límites morales. De ese contexto surge la escuela, tal y como la conocemos.

Sin embargo, ahora nuestro alrededor está determinado por condiciones, propias de la postmodernidad, que parecen escapar de todo control: la globalización, el hiperconsumo, la hipercomunicación, las migraciones, la multiculturalidad...

Esta falta de control es algo con lo que debemos aprender a convivir. Me parece que es importante destacar el hecho de que, actualmente, estamos en un mundo que se encuentra en un periodo permanente de cambio. Nada persiste, todo se desvanece rápidamente en el tiempo: proyectos, relaciones, tradiciones. Por esta causa el sujeto contemporáneo es un ser que insiste en buscar los valores verdaderos de la vida, las experiencias y la trascendencia de pequeños acontecimientos, con los cuales realiza una composición a la que intenta regresar cuando todo se desvanece. La concepción vital del ser humano admite que su existencia está basada en la recreación de sucesos efímeros porque la realidad está fuera de todo control.

Respecto al ejercicio fútil de control, es muy reveladora la cuestión de la compasión. Como hemos visto, la modernidad desechó la idea de pasividad e impotencia, pues estaba convencida de que el sujeto conseguiría obtener todo aquello que se propusiera si mantenía su convicción, que era capaz de lograrlo todo y nunca resignarse o admitir su insolvencia. Ser incapaz era simplemente considerado falta de voluntad y de determinación, cuando no voluntad de no-poder. De acuerdo a las ideas de la modernidad, el sufrimiento irreparable debía tener siempre un remedio, aunque fuera de carácter divino, de modo que la necesidad de compasión o de solidaridad no tenía cabida, era innecesaria. De ahí que el sujeto contemporáneo, consciente de que no tiene el control de nada en su existencia y siendo consciente de lo irremediable del sufrimiento, sea tiendo a ser característicamente compasivo.

En realidad, la falta de compasión en la modernidad producía una disposición afectiva de resentimiento en los sujetos, como bien a diagnosticado Hannah Arendt. Un resentimiento contra el universo y contra sí mismo por no haber sido su creador.

La estabilidad de la modernidad y las estructuras de antaño quedaron disueltas en el cambio constante de las sociedades contemporáneas, que circulan en un continuo devenir. Vivimos en un tiempo que cuestiona los cimientos y creencias de la cultura ilustrada. Las distintas expresiones vitales, e incluso las relaciones político-económicas, se transfiguran de raíz vertiginosamente. Todo surge y agoniza en un instante, y en un instante transcurre el tiempo entre lo nuevo y lo viejo.

En este mundo en invariable transformación, la existencia es percibida como una substancia inconsistente. La gente ahonda en su angustia y desasosiego sin poder anclarse a ninguna referencia firme. El sujeto trata invariablemente de delimitar fragmentos de realidad tratando de organizarlos con la razón y recuperar su capacidad de control, pero cualquier criterio estalla ante la presión de lo efímero.

Conociendo nuestras debilidades, podremos conocer nuestras fortalezas. Me parece, por tanto, que es necesario profundizar en otras situaciones que afectan al sujeto contemporáneo, con el fin de esbozar posibilidades de adaptación educativa.

Uno de los aspectos en más importante en este sentido puede ser la cuestión de la diferencia frente a la identidad. Actualmente sigue vigente el conflicto sociocultural entre lo occidental y lo no-occidental, que se intensificó a rebufo del derrumbe de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. Al respecto, el autor alude que los debates cultura-civilización cuentan ya con dos siglos de existencia. También nos habla del problema de la interrelación convivencial de las identidades raciales, religiosas y nacionales. Habla de racismo y de xenofobia. Diserta sobre la acogida de inmigrantes, que juzga sólo es factible mediante una nueva concepción de las identidades nacionales que se configure como relato de un nosotros en relación dialéctica con un ellos.

Me parece muy acertada su alusión al pensamiento de González Luis sobre la falacia que existe tras ciertas manifestaciones de tolerancia que parten de una apología de la diferencia y la identidad, porque en realidad están revelando un racismo suave. La categoría “diferente”, puede contener ese significado victimizador que no hace sin contribuir a la exclusión.

En efecto, la importancia del significado de palabras y términos se advierte en los discursos contemporáneos que tratan de terminar con una antigua retórica del desprecio. Hoy salen a colación palabras como acogida, hospitalidad y acompañamiento, las cuales quizá anuncian el advenimiento de una mejora de las relaciones entre diferentes, una mejora en la apertura comunicativa y en la ética del altruismo.

El autor aboga para que se produzca un cambio de esta índole, donde la idea de aprecio sustituya a la idea de exclusión, y se configure una conciliación permanente. Para construir un mundo de aprecio tanto hacia la diferencia y como hacia la igualdad, es importante basarse en los ejes cardinales del multiculturalismo, la ciudadanía y el diálogo.

Es también necesario superar una serie de actitudes sociales, tales como dejar de pensar que la voluntad individual puede hacer algo contra situaciones de injusticia, cuando los que de verdad pueden hacer algo son las estructuras institucionales, políticas y económicas. De ese modo se fortificaría una discusión pedagógica dirigida a que tales estructuras respondan.

También hay que abandonar la pasividad por el hecho de que no se otorguen reconocimientos, y dejar de asignar características de identidad a grupos desfavorecidos. Debemos sacudirnos la indolencia por la participación cívica característica de la postmodernidad, y que el cuestionamiento de la idea de progreso y de futuro nos anime a replantearnos los valores clásicos. Por otro lado, no debemos resignarnos a que la competitividad se erija como única lógica de legitimación social.

Me parece importante rescatar en las siguientes líneas el mensaje del autor sobre cuestiones políticas.

Tras la modernidad, se observa en el ámbito de lo público la llegada de un sentimiento generalizado de pasividad, conformidad y anuencia. La percepción de la política y de sus dirigentes es que no son capaces de hacer nada. Dan la impresión de no tener capacidad de acción y encontrarse inhibidos e impotentes. Por otra parte, existe una incoherencia descarada entre sus promesas y sus actuaciones, entre lo que manifiestan que harán, y lo que de verdad hacen. La inacción política del “poder” y sus falacias, suscitan la reprensión del pueblo, que en realidad no es escuchado. Por tanto, se genera desesperanza, desencanto y en última instancia el desinterés absoluto por la práctica política, que queda totalmente desacreditada (lo cual no significa que las personas no valoren la importancia de la política para el bien público). Es la praxis política la causante de su propio oprobio.

Este sentimiento de desencanto general se manifiesta, en las democracias occidentales, principalmente en la participación y activismo político. Inneraty considera que coadyuva al desencanto el hecho de que la gente otorgue demasiadas expectativas a poder efectivo de la praxis política, esperando algo tan improbable como que sea garante de la felicidad de la nación, o que dote de sentido la existencia. Por su parte, Alain Minc, sostiene que el desencanto se intensifica por la hegemonía de la opinión pública transmitida por los mass media. A través de los medios se pone en manos de la sociedad cantidades ingentes de información hasta el punto de emborrachar a la opinión pública con datos, sondeos, encuestas, creación de expectativas.

El desencanto cívico hacia la política puede ser visto como una prueba del descentramiento de la civilidad. Los ciudadanos no se interesan por la política y los políticos no dan respuestas a los ciudadanos. Ante esta complejidad, es evidente que el presente político no está en condiciones de afrontar transformaciones que sí se producen en otros ámbitos, ya que se exige de los actores dinamismo y capacidad de acción.

Por otra parte, existe la creencia de que el enfriamiento y el halo de aburrimiento que envuelve a la política puede ser más conveniente que un estado de agitación, que tal vez degeneraría en levantamientos y situaciones de caos. A todo esto, ciertos teóricos hablan con indulgencia sobre el ejercicio de la política, aduciendo que no hay culpables, sino que todo es motivo de las circunstancias y contingencias. Sin embargo, esto es del todo incoherente ya que los políticos no están en el poder para ser irresponsables, y precisamente muchas circunstancias a las que se enfrentan son el resultado de su propia intervención. En este contexto, los ciudadanos se sienten insatisfechos, indignados, airados, pero cualquier movimiento desestabilizador surgido del seno de la sociedad es desactivado por el sistema, que etiqueta a los rebeldes con los peores adjetivos.

Es éste el contexto en el que nos hallamos. Vivimos en un mundo marcado por estas situaciones a las que se ha dado una lectura profunda. Ahora es el momento de tomar acciones al respecto, ya que desde cualquier punto de vista nos encontramos con la urgencia de adaptar la realidad postmoderna a las aulas.

El proyecto de la escuela postmoderna es acometido por el autor en las últimas páginas del libro. Su intención es discernir una manera viable para establecer una escuela acorde a las características de la postmodernidad que a lo largo del volumen fueron estudiadas de forma crítica. Esta tarea es de gran complejidad, pero aun así se han tratado de determinar los

elementos mínimos que habrían de componerla, partiendo de reflexiones concernientes a la exposición, el testimonio y la experiencia.

De tal forma, la escuela postmoderna tendría que ser expositiva en lugar de puramente formativa, como es actualmente. Pienso que exponer es un camino válido para la actual tendencia de magisterio, que está dirigido a que el profesor sea un guía de contenidos. Exponer el material y permitir que al estudiante juegue con la información y saque sus propias conclusiones, en una senda de autoconciencia, podría ser efectivo.

Se nos indica, asimismo, que la escuela tendría que ser testimonialista. Personalmente creo que es una idea muy buena, porque, aunque, como hemos dicho, ahora el profesor se enfoque en un papel de guía, no de formador, y de acceso al estudiante al conocimiento que está en otros nichos, por ejemplo, los libros o internet, pienso que es algo muy valioso conocer el mensaje experiencial del docente, algo que no aparece en libros ni en la computadora. Ese discurso de la experiencia que tal vez nos recuerda un poco al de los abuelos... lo que implica que tal vez el docente deba ser una persona de mediana edad, que haya vivido y aprendido de los avatares de la vida.

Para el autor, la escuela postmoderna debería ser también vivencialista o experiencialista, fomentando la percepción del entorno y de los sentimientos de los compañeros. Además, la enseñanza debería ser literaturizada. Hemos explicado ya este concepto, a través del cual se potencia el valor de la percepción sentimental del educando. La escuela postmoderna también debería enseñar filosofizadamente, subrayándose que antes que la verdad, lo importante es el modo en que los conceptos se imbrican en la mente en espacio y tiempo.

NOTA

Esta ponencia se adscribe al proyecto de investigación (FAUC/ 2016-2017) "Buenas prácticas en e-revistas científicas latinoamericanas de arquitectura, urbanismo y conservación del patrimonio edificado. Caso de estudio de Estoa. Revista de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la de la Universidad de Cuenca", financiado por la Universidad Estatal de Cuenca (Ecuador) y cuyo Director (Investigador Principal) es el autor, José Luis Crespo Fajardo.

BIBLIOGRAFÍA

- BETTINI, M. (2001): "Contra las raíces. Tradición, identidad, memoria". Revista de Occidente, 243.
- DÍAZ TORRES, J.M. (2008) *Crítica de la razón moderna*. Madrid: Tirant lo Blanch.
- FINKIELKRAUT, A. (1998): *La humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo XX*. Barcelona: Anagrama.
- GIROUX, H. (1997): *Cruzando límites. Trabajadores culturales y políticas educativas*. Barcelona: Paidós.
- GONZALEZ LUIZ, M.L.C. (2001): *La quiebra del quietismo. Contra los mitos de la identidad, el consenso y la indiferencia*. Caracas: CIPOST.
- INNERARITY, D. (2001): *Ética de la hospitalidad*. Barcelona. Península.

MAGRIS, C. (2001): *Utopía y desencanto. Historias, utopías y esperanzas de la modernidad*. Barcelona: Anagrama.

MARQUARD, O. (2000): *Apología de lo contingente*. Valencia: Alfons el Magnanim.

MÉLICH, J.C. (1998): *Totalitarismo y fecundidad. La filosofía frente a Auschwitz*. Barcelona: Anthropos.

MINC, A. (1995): *La borrachera democrática. El nuevo poder de la opinión pública*. Madrid: Temas de Hoy.

NIETZSCHE, F. (1973). *La gaya ciencia*. Madrid: Narcea.

LANCEROS, P. (1994): “Apuntes sobre el pensamiento destructivo”, en Vattimo, G. y otros: *En torno a la posmodernidad*. Barcelona: Anthropos.

LARROSA, J. (2003): *Entre las lenguas. Lenguaje y educación después de Babel*. Barcelona: Laertes.